

LA MADONNA DE LEMEBEL

Warley Matias de SOUZA*

Resumen: Este es un ensayo sobre la crónica “La muerte de Madonna”, del escritor chileno Pedro Lemebel. Esa crónica posee una característica peculiar. No es más una búsqueda de la identidad homosexual de un grupo de minoría. Lemebel, a través de esa crónica, inserta el homosexual en la sociedad. El escritor usa el imperialismo y el travestismo para mostrar la faz de la sociedad chilena. La Madonna de Lemebel es el retrato del pueblo chileno. Y, en esa crónica, el homosexual no está más a la margen, está insertado en la sociedad.

Palabras-clave: Pedro Lemebel; travestismo; minorías hispánicas

Resumo: Este é um ensaio sobre a crônica “La muerte de Madonna”, do escritor chileno Pedro Lemebel. Essa crônica tem uma característica peculiar. Não é mais uma busca da identidade homossexual de um grupo de minoria. Lemebel, através dessa crônica, insere o homossexual na sociedade. O escritor usa o imperialismo e o travestismo para mostrar a face da sociedade chilena. A Madonna de Lemebel é o retrato do povo chileno. E, nessa crônica, o homossexual não está mais à margem, está inserido na sociedade.

Palavras-chave: Pedro Lemebel; travestismo; minorias hispánicas

La crónica “La muerte de Madonna”, escrita por el chileno Pedro Lemebel, retrata, a través de la minoría homosexual, no solo tal minoría como también retrata el pueblo chileno y los países tercermundistas. Es decir, a través del texto de Lemebel se pueden hacer otras lecturas que no sean solo una afirmación o una búsqueda de identidad de una minoría. Es más, es tener en cuenta que la minoría forma parte de un todo y no puede ser desmembrada de la sociedad a que pertenece.

La crónica de Lemebel se refiere al SIDA como si ese fuera una parte importante de la identidad homosexual. “Fue la primera que se pegó el misterio” (LEMEBEL, 1996, p. 33). El “misterio” a lo que se refiere el narrador es el SIDA, pero también es el homosexual, el misterioso ente que atrae las atenciones, las curiosidades y también los deseos.

* Formado em Letras pela Universidade Federal de Minas Gerais (UFMG). warleysouza@gmail.com

El travestí Madonna es la imagen de un país de tercer mundo, que copia lo que es extranjero, que no se acepta. La imagen del travestí es muy fuerte, pues él es un ente que busca su identidad, es un ente dividido, como lo son los países del tercer mundo. Nuevamente surge el SIDA como una identidad (algo que califica un grupo); peor, una identidad que carga en sí la muerte, el dolor, la perecederidad. El personaje, la Madonna travestí, tiene rasgos de su pueblo, tan lejos de los rasgos de la Madonna norteamericana; la disparidad tan evidente es como una marca, una cicatriz que trae uno a su origen, a su realidad. La “Madonna Peñi”, tragicómicamente, teñía su pelo de rubio, pero “el misterio” ha hecho que su pelo cayera en mechones. Deprimida, la Madonna no acepta artificialismos como una peluca, pues tiene una identidad, una identidad hurtada a la *pop star*.

La Madonna tercermundista tenía la altivez de la *pop star*, se enfrentaba a los pacos, que le sobaban, se enfrentaba al SIDA, que la destruía, que le sacaba los dientes, que la cambiaba en un ente físicamente debilitado. Pero fue entregándose al “misterio”. No era más la Madonna de antes, que hacía chistes, que vivía a la sombra de la otra creyendo ser la propia; era una Madonna decadente que se ponía borracha para olvidarse de su realidad.

La “Madonna Curílagüe” utilizaba su cuerpo, su espacio, su vida, cambiándolos en otro cuerpo, en otro espacio, en otra vida; pero el meollo, su identidad, no se dejaba ocultar, era impositora, a pesar de los intentos de huida de la Madonna:

Todo un mundo de periódicos y papeles colorinches para tapan las grietas, para empapelar con guiños y besos Monroe las manchas de humedad, los dedos con sangre limpiados en la muralla, las marcas de ese rouge violento cubierto con retazos del jet set que rodeaba a la cantante. Así, mil Madonnas revoloteaban a la luz cagada de moscas que amarillaba la pieza, reiteraciones de la misma imagen infinita, de todas formas, de todos tamaños, de todas las edades; la estrella volvía a revivir en el terciopelo enamorado del ojo coliza (LEMEBEL, 1996, p. 34-35).

La identidad del homosexual (el travestí Madonna) se confunde con la identidad del pueblo del tercer mundo, un pueblo que muchos consideran sin identidad; pero que, como el homosexual, deja entrever un “misterio”, un misterio que forma parte de su identidad, algo no racionalizado, inconsciente, algo vivo y angustiante: una identidad en constante crisis.

La identidad se crea a partir del otro, es a través de la diferencia que uno se reconoce. Pero la Madonna del tercer mundo no acepta ser solo un travestí de un país subdesarrollado, quiere la identidad del otro, pues el otro es mejor, el otro es superior, el otro será siempre el “dios” colonizador. La crónica de Lemebel no se refiere solo a una minoría homosexual, sino también a un pueblo. Y, en ese aspecto, el SIDA está para el hambre como el homosexual está para el miserable, como si la identidad del hambriento fuera su propia hambre.

El personaje, un travestí, intenta cambiarse en algo que no es. Una metáfora que retrata los efectos del imperialismo. La Madonna chilena podría poner su silicona, cambiarse (como pudiera) en una mujer; pero, ¿por qué tenía que elegir justamente a la Madonna norteamericana? La Madonna chilena es mucho más que un simple travestí, es un travestí chileno, que aun posee las marcas coloniales de la historia a que pertenece. La Madonna travestí es más que la búsqueda de la identidad de una minoría homosexual, es la alegoría de un pueblo que también está en posición de minoría ante los países imperialistas. La Madonna chilena posee no solo su identidad sino también la identidad de un pueblo. Así la Madonna chilena encuentra, sin saber, su hogar; pues además de travestí, es ciudadana y carga en sí la memoria, la historia de un pueblo. En ese aspecto, el personaje pasa a pertenecer.

No podemos olvidarnos de que la Madonna norteamericana es de cierta manera una copia de otra *pop star*, que es Marilyn Monroe, pero es una copia de una personalidad norteamericana. Es necesario recordar que ni la Madonna original, ni su musa inspiradora, eran originalmente rubias, se han apoderado de un modelo clásico, la rubez, y lo han cambiado en sensualidad; de cierta manera, han creado una personalidad rubia, cambiada por el tiempo, pero de origen sajón. No se han convertido en otro pueblo, sino han impuesto la sensualidad a un modelo clásico, han agregado valores sin alejarse de sus orígenes.

En su artículo, Casas (2003, p. 152) escribe:

Un hito fundamental lo constituyó la guerra hispanoamericana de 1898, al advertirse con singular claridad la emergencia del hegemonismo norteamericano. Desde allí el sistema político, la organización social y sobre todo la nacional, pasaron a ser revisadas, colocándose el acento en la unidad que para a estas alturas volvíase sumamente necesaria. Pues una preocupación central, y no única por cierto, recorre las diferentes ideas del período: la resolución de los problemas que aquejaban a los latinoamericanos pasaba por resolver al dilema de la *cuestión nacional* (Identidad, raza, cultura, economía), si bien, se argüía, no era sólo el problema de la nación circunscripta a lo local, la principal preocupación era la *Gran Nación* americana, que bien podría ser *hispana o latina*, nunca *sajona*. Renovándose, de esa forma, el nacionalismo hispanoamericanista de inspiración bolivariana, que reaparece hacia fines del siglo XIX, luego de años de estar subordinado a un nacionalismo limitado a la construcción del Estado-Nacional.

Por la citación anterior, es clara la preocupación de algunos intelectuales y políticos latinoamericanos acerca del poder imperialista en el principio del siglo XX. Pues en finales del siglo XX, lo que vemos es un personaje que retrata aquello que temían los intelectuales y políticos del principio del siglo.

La Madonna de Lemebel es más que una caricatura de la Madonna norteamericana, es evidente; pero también es más que la búsqueda de la

identidad de una minoría homosexual; es el retrato de un pueblo. La crónica de Lemebel acerca de la Madonna chilena es además un documento histórico, una vez que muestra la victoria imperialista sobre las naciones hispanoamericanas.

La Madonna de Lemebel describe un tiempo en que la otra realidad o identidad, que invade los países tercermundistas, es aceptada sin resistencia, haciendo que la identidad de un pueblo empiece una crisis; entonces, un problema se muestra: saber uno quién es. Y aunque uno se apropie de la identidad del otro, no logra cambiar de identidad, y sino sofocar la suya y asumir la del otro; lo que se cambia en algo artificial, como bien retrata Lemebel en la crónica a través del personaje Madonna.

Bastante utópico, Ugarte dice que el escritor tiene una función social: “La misión del escritor debe ser la de un maestro encargado de desplegar bandera, abrir rumbo, erigirse en guía y llevar a las multitudes hacia la altísima belleza que se confunde en límites con la verdad” (*apud* CASAS, 2003, p. 156).

Lemebel no despliega bandera, no de manera clara; es sutil, por lo menos en lo que se refiere a la crónica objeto de este análisis. Pero hace que el lector vea su realidad y, como integrante de ella, quiera cambiarla. No hay más espacios para Mesías, el hombre es dueño de su destino y a él le cabe aceptar o negar su identidad, aceptar o resistir al otro. Vemos, a través de la crónica de Lemebel, que el pueblo chileno y, por extensión, el pueblo latinoamericano han sucumbido a la seducción del otro; en ese caso, el otro es los Estados Unidos.

Por otro lado, la crisis de identidad ya estaba ocurriendo en principios del siglo XX, las revoluciones de la primera mitad de ese siglo son ejemplos de eso; hay revoluciones porque hay insatisfacción, la revolución es un deseo de cambio, y cambiar implica renegar. La Madonna de Lemebel muestra una realidad triste para aquellos que ven la contaminación extranjera como algo perjudicial, pues es la descripción de una realidad casi petrificada.

La Madonna de Lemebel se muere con la fotografía de la Madonna norteamericana en su pecho, como si esta fuera una divinidad, alejándose más y más. También los efectos del SIDA, del “misterio”, pueden ser vistos como una metáfora del artificialismo. La Madonna chilena se muere sin caracterizaciones, los trastos artificiales que la acercaban a la Madonna norteamericana se han ido, algunos destruidos por el SIDA. El travestí, en su lecho de muerte, de la diosa norteamericana solo tiene una fotografía. Cuando se ha muerto ya no era más Madonna, era un ser sin nombre perteneciendo a un contexto de miseria de donde quería huir.

El deseo de la Madonna chilena no es algo reciente, Casas (2003, p. 160) dice:

Fombona renegando de la imitación promueve la vuelta a lo criollo en *Diario de mi vida* — 1912, afirma: “Veo en París argentinos, chilenos, brasileños, colombianos, venezolanos, gentes de toda América orgullosos

unos de su dinero, otros de su talento y otros de su país, que lástima me dan y que desprecio me inspiran. ¿No dejarán nunca de ser colonos? Los pueblos americanos han podido fundar una cultura propia deliberadamente diferenciada. Aún sería tiempo. Pero nadie desea la originalidad, sino la imitación: continuar a Europa, simularla, simiarla”.

Vemos que el único cambio ha sido el objeto de la imitación, Europa ha sido cambiada por los Estados Unidos. El pueblo latinoamericano sigue deseando ser el otro, el dios colonizador, el dominador, una *pop star* rubia que es tratada como diosa y que se cambia en modelo para un travestí pobre de las calles sucias de Latino América. Los latinoamericanos permanecen simios, imitadores.

En el momento que Lemebel inserta el travestí Madonna en un contexto, digamos, político de su país, el escritor está ubicando el travestí, o la minoría, en una sociedad, está insertándolo en una sociedad. En ese momento, tal minoría forma parte de un todo social, pues posee las características culturales de ese todo. Lemebel muestra que el homosexual, en este caso un travestí, no está a la margen de la sociedad; en cambio, está insertado definitivamente en esa sociedad.

SOUZA, W. M. THE LEMEBEL'S MADONNA

Abstract: *This is an essay about the Pedro Lemebel's chronicle "La muerte de Madonna". This chronicle has a peculiar characteristic. It is not more a searching of the homosexual identity as part of a delinquent group. Lemebel inserts, through the chronicle, the homosexual in the society. The writer uses the imperialism and the transvestitism to show the face of the Chilean society. The Lemebel's Madonna is the picture of the Chilean people. And in this chronicle, the homosexual is not more on the fringes of, but he is inserted in the society.*

Keywords: *Pedro Lemebel; transvestitism; Hispanic minorities*

Referências

CASAS, Saúl Luis. Los intelectuales y el ensayo histórico social latinoamericano, 1900-1920. In: RIVAS, Alberto Ricardo; RODRÍGUEZ, Alberto Rodolfo (Orgs.). *Problemas latinoamericanos y alteridad en los siglos XIX y XX*. Mar del Plata: Ediciones Suárez, 2003. p. 151-173.

LEMEBEL, Pedro. La muerte de Madonna. In: LEMEBEL, Pedro (Org.). *Loco afán: crónicas de sidario*. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 1996. p. 33 -35. (Colección Entre Mares).

ANEXO

LA MUERTE DE MADONNA¹

Fue la primera que se pegó el misterio en el barrio San Camilo. Por aquí, casi todas las travestís están infectadas, pero los clientes vienen igual, parece que más les gusta, por eso tiran sin condón.

Ella sola se puso Madonna, antes tenía otro nombre. Pero cuando la vio por la tele se enamoró de la gringa, casi se volvió loca imitándola, copiando sus gestos, su risa, su forma de moverse. La Madonna tenía cara de mapuche, era de Temuco, por eso nosotros la molestábamos, le decíamos Madonna Peñi, Madonna Curílagüe, Madonna Pitrufuquén. Pero ella no se enojaba, a lo mejor por eso se tiñó el pelo rubio, rubio, casi blanco. Pero ya el misterio le había debilitado las mechas. Con el agua oxigenada se le quemaron las raíces y el cepillo quedaba lleno de pelos. Se le caía a mechones. Nosotros le decíamos que parecía perra tiñosa, pero nunca quiso usar peluca. Ni siquiera la hermosa peluca platinada que le regalamos para la pascua, que nos costó tan cara, que todos los travestís le compramos en el centro juntando las chauchas, peso a peso durante meses. Solamente para que la linda volviera a trabajar y se le pasara la depre. Pero ella orgullosa, nos dio las gracias con lágrimas en los ojos, la apretó en su corazón y dijo que las estrellas no podían aceptar ese tipo de obsequios.

Antes del misterio, tenía un pelo tan lindo la diabla, se lo lavaba todos los días y se sentaba en la puerta peinándose hasta que se le secaba. Nosotros le decíamos: Entrate niña que va a pasar la comisión, pero ella, como si lloviera. Nunca le tuvo miedo a los pacos. Se les paraba bien altanera la loca, les gritaba que era una artista, y no una asesina como ellos. Entonces le daban duro, la apaleaban hasta dejarla tirada en la vereda y la loca no se callaba, seguía gritándoles hasta que desaparecía el furgón. La dejaban como membrillo corcho, llena de moretones en la espalda, en los riñones, en la cara. Grandes hematomas que no se podían tapar con maquillaje. Pero ella se reía. Me pegan porque me quieren, decía con esos dientes de perla que se le fueron cayendo de a uno. Después ya no quiso reírse más, le dio por el trago, se lo tomaba todo hasta quedar tirada y borracha que daba pena.

Sin pelo ni dientes, ya no era la misma Madonna que tanto nos hacía reír cuando no venían clientes. Nos pasábamos las noches en la puerta, cagadas de frío haciendo chistes. Y ella imitando a la Madonna con el pedazo de falda, que era un chaleco beatle que le quedaba largo. Un chaleco canutón, de lana

¹ LEMEBEL, Pedro. La muerte de Madonna. In: LEMEBEL, Pedro (Org.). *Loco afán: crónicas de sidario*. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 1996. p. 33-35. (Colección Entre Mares).

con lamé, de esos que venden en la ropa americana. Ella se lo arremangaba con un cinturón y le quedaba una regia minifalda. Tan creativa la cola, de cualquier trapo inventaba un vestido.

Cuando se puso la silicona le dio por los escotes. Los clientes se volvían locos cuando ella les ponía las tetas en la ventana del auto. Y parece que veían a la verdadera Madonna diciendo: Mister, lovmi plis.

Ella se sabía todas las canciones, pero no tenía idea lo que decían. Repetía como lora las frases en inglés, poniéndole el encanto de su cosecha analfabeta. Ni falta hacía saber lo que significaban los alaridos de la rucia. Su boca de cereza modulaba tan bien los tuyú, los miplís, los rimember lovmi. Cerrando los ojos, ella era la Madonna, y no bastaba tener mucha imaginación para ver el duplicado mapuche casi perfecto. Eran miles de recortes de la estrella que empapelaban su pieza. Miles de pedazos de su cuerpo que armaban el firmamento de la loca. Todo un mundo de periódicos y papeles colorinches para tapar las grietas, para empapelar con guiños y besos Monroe las manchas de humedad, los dedos con sangre limpiados en la muralla, las marcas de ese rouge violento cubierto con retazos del jet set que rodeaba a la cantante. Así, mil Madonnas revoloteaban a la luz cagada de moscas que amarillaba la pieza, reiteraciones de la misma imagen infinita, de todas formas, de todos los tamaños, de todas las edades; la estrella volvía a revivir en el terciopelo enamorado del ojo coliza. Hasta el final, cuando no pudo levantarse, cuando el SIDA la tumbó en el colchón hediondo de la cama. Lo único que pidió cuando estuvo en las despedidas, fue escuchar un cassette de Madonna y que le pusieran su foto en el pecho.